

El nómada y su novela

Genio y figura de Jorge Isaacs

GERMÁN ARCINIEGAS

Universidad del Valle, Cali, 2017, 117 pp.

TAL VEZ lo más singular, lo más curioso, en la biografía de Jorge Isaacs reside en la paradójica circunstancia de que el hito más alto alcanzado en su vida –la publicación de esa novela célebre con nombre de mujer– sea a su vez el episodio de menos brillo en el azogue de una existencia ciertamente fabulosa. La razón de este desequilibrio, de la no correspondencia entre la trascendencia del hecho y lo interesante de sus circunstancias, puede encontrar una explicación con el auxilio de un símil teatral: la escritura de *María* fue, para el escritor vallecaucano, un entreacto sedentario en la dramaturgia nómada de su vida.

De recuperar el aliento de este hombre abocado a la trashumancia, de mecer con la terneza de un padre el recuento de sus tantas idas y venidas entre el anclaje transitorio de un hogar y la hospitalidad inagotable de los caminos, de pincelar sin la fría perspectiva de un pintor a la distancia el color de sus estrepitosos fracasos o de sus jubilosos triunfos, de retratar, en últimas, con un sostenida disposición de asombro, la humanidad de otro, la de Jorge Isaacs en este caso, se encarga con elegancia y maestría la prosa siempre luminosa de Germán Arciniegas.

La semblanza de Jorge Isaacs que hace el historiador bogotano camina entre la hondura analítica del ensayo, la fluidez narrativa de la crónica histórica y la gracia parroquial del anecdótico. El tránsito feliz entre estos géneros lo consigue Arciniegas con un recurso entresacado a partes iguales de la expresión oral y de la música: la modulación de la voz y el ritmo.

Trasladada a los dominios literarios, esta técnica implica rehuir la uniformidad en el registro estilístico y evitar la sucesión de patrones idénticos en el entramado de la sintaxis. Estas exigencias formales, sencillas en apariencia, pueden conducir a quien no las domina a dos riesgos terribles: la variación en el tono, que termina siendo un coro chirriante, y

la alternancia en el orden sintáctico, que acaba enrevesada hasta el punto de ser ilegible. Desde luego, con un prosista consumado como Arciniegas, estos peligros quedan sorteados de antemano.

Además de ser un mérito en sí mismo el hecho de poseer el arte de modular la prosa con soltura, es una circunstancia afortunada que la vivacidad formal de este estilo alcance sus cotas más altas precisamente cuando tiende su magnetismo sobre la vida asombrosa de personajes sacados de esa galería singular e inagotable que nuestras convenciones históricas han dado en llamar siglo XIX.

Escritas con la misma belleza literaria que esta semblanza de Isaacs, están las páginas memorables que en otros libros Arciniegas ha dedicado a Garibaldi y a Bolívar, donde recuenta las gestas de estos dos célebres jinetes e idealistas del XIX, quienes antes de hacerse a la gloria se lanzaron cada uno hacia la otra orilla del Atlántico en una suerte de correspondencia cruzada de los destinos: el europeo, previo a unificar bajo la soberanía de una nación el reguero de pequeños estados que secularmente había sido Italia, vivió arreando hatos como un gaucho en las pampas del Sur, y el americano, antes de lanzarse con arrojo por los abismos de los Andes para libertar repúblicas, disfrutó de los placeres de una vida de señorito en los salones regentados por damas atildadas de París y Madrid.

Pero el siglo XIX no solo lo hicieron los héroes de tantas independencias ni los hombres afianzados sobre el lomo de sus monturas; también tomaron parte importante los hombres de a pie, como lo fue el propio Isaacs, según se desprende de la biografía de Arciniegas. Antes y después de escribir *María*, este hijo de un rico hacendado y comerciante judío, poeta de ocasión, soldado entusiasta y negociante fallido, fatigó los pies en los caminos de un país real, de fango y selvas, de lodazales y ríos, bajo la convicción de que una geografía solo se descubre cuando la mirada se vuelve para ver la estela que han ido dejando tras sí las pisadas y para asombrarse de ese paisaje que queda atrás como el testimonio de una conquista que se consiguió con el simple hecho de haber estado ahí.

Los impulsos de esta vocación aventurera los empieza a sentir Isaacs desde la adolescencia, cuando era un poeta en ciernes y un galante cautivador de muchachas enamoradizas en las alamedas de Cali. La primera oportunidad de probarse en los rigores de la vida andariega le vino en 1854 con el llamado a enrolarse en las filas del ejército oficialista que iba a restaurar el orden constitucional tras el golpe militar que aupó a Melo al poder. Isaacs, sin asomo de duda, se va a la guerra a completar su formación, pues en el siglo XIX –nos dice Arciniegas con la agudeza de una de sus síntesis– “la educación en Colombia se hacía de dos maneras: la mitad en la escuela, la mitad en la guerra” (p. 12).

Bien por encendido idealismo, bien por una genuina vocación guerrera, o simplemente porque la guerra permite disimular tras un velo de heroísmo el deseo por estar siempre moviéndose, Isaacs participó en cuantos hechos de armas humearon en los cielos de la república, primero del lado de los conservadores y luego en el bando liberal: “comenzó como godo y terminó radical” (p. 14). En la época de Isaacs, los cambios ideológicos no se topaban tan fácilmente con el reproche de carecer de consistencia, e incluso los otrora acérrimos enemigos eran susceptibles de ser vistos, una vez depuestos el encono y la malquerencia, con la cordialidad de una mirada amistosa.

Bajo uno de estos tratos renovados entre antiguos contendientes, Isaacs recibió de las manos del general Mosquera, en quien antes veía a un basilisco estafalario, un empleo de subinspector para supervisar los trabajos de la obra que estaba trazando la carretera para unir Cali y Buenaventura por entre la espesura selvática de la cordillera. En el año largo que duró la estadía de Isaacs en la región del Dagua, en las noches del campamento, bajo la lumbre de un candil, empezó a escribir las páginas de una novela para hacer más llevadera la insoponible quietud de estar atrapado en la manigua. De esta pausa sedentaria, de este exilio en la selva, nació *María*.

Si antes Isaacs había intentado en versos de coloración romántica apresar los contornos de la naturaleza circundante, con la escritura de *María* descubrió que la profusión y el largo

BIOGRAFÍA		RESEÑAS
<p>aliento de la prosa novelística consigue atrapar de manera más vívida e intensa la fuerza arrobadora de la exuberancia tropical. Esta evolución de la poesía del paisaje a la novela de la selva está también presente en la obra literaria de José Eustasio Rivera, y el paralelismo observado entre el derrotero estético de ambos escritores es otra de esas agudas observaciones del tino analítico de Arciniegas: “Isaacs adoptó hace cien años un procedimiento igual al de su compatriota José Eustasio Rivera, maestro como él en el arte literario del paisaje: primero, proyectarlo en poemas, y luego trasladarlo a la novela” (p. 15).</p> <p>La conjunción entre los cuadros exaltados del paisaje y el patetismo conmovedor de la historia amorosa entre Efraín y María hizo de la novela de Isaacs la educación sentimental de un continente. Desde la primera edición en 1867, <i>María</i> gozó de un estruendoso éxito editorial y de una difusión sin precedentes en América Latina, pero a Isaacs la gloria literaria no lo inmovilizó. Necesitaba seguirse moviendo.</p> <p>Como buen idealista, Isaacs soñó e intentó muchísimos proyectos que no llegaron a buen puerto, y aun así en cada región por la que pasaba persistía en el terco oficio de reinventarse. Fue poeta de renombre y congresista apedreado en Bogotá, jardinero de flores en las tardes cálidas del Tolima, jefe revolucionario en los peñascos de Antioquia, etnógrafo del pueblo wayuu en la vastedad desértica de La Guajira, defensor apasionado de los indígenas en los resguardos del Cauca, hacendado y pedagogo de peones en las hondonadas del Valle, explorador de yacimientos mineros en las sinuosidades del Urabá...</p> <p>Isaacs incluso consiguió ser ídolo y héroe patrio en Asunción, cuando a la capital del Paraguay, tras una terrible guerra que casi destruye a ese país, llegó la generosa ley por medio de la cual Colombia le otorgaba a los ciudadanos paraguayos la nacionalidad colombiana. A los paraguayos, “más que el propio gesto del parlamento colombiano” (p. 27), los conmovió que tal acto de solidaridad entre naciones llegara firmado, en calidad de secretario del Congreso, por el autor de <i>María</i>, esa novela que era como la</p>	<p>patria común de todos los latinoamericanos.</p> <p>Y si bien desde entonces, desde el apogeo continental de la novela del colombiano, el nombre de Jorge Isaacs resuena apenas como el del autor mítico de <i>María</i>, en esta pequeña biografía Germán Arciniegas ha logrado devolvernos al hombre nómada y aventurero que, en muchos aspectos, resulta más rico en matices y más fascinante en historias que el libro con el cual su memoria quedó ligada para siempre.</p> <p style="text-align: center;">Jerónimo Uribe Correa</p>	